

A vueltas con *Reymundo de Grecia*: el caballero exhumado de la Biblioteca Real de Dinamarca¹

Almudena Izquierdo Andreu
(Universidad Complutense de Madrid)

RESUMEN

El presente artículo pretende dar noticia por primera vez de un nuevo ejemplar, hasta ahora desconocido, del *Reymundo de Grecia*, libro de caballerías anónimo de 1524. El testimonio, localizado en la Biblioteca Real en Copenhague, ofrece intactos tanto la portada como el prólogo, perdidos en el otro testimonio conservado en la British Library de Londres. Tras su recuperación, se analizan en profundidad ambos elementos paratextuales para ver sus relaciones con el resto del corpus caballeresco. Por último, se esboza una breve trayectoria del libro hasta terminar sus días en los estantes de la biblioteca danesa.

PALABRAS CLAVE

Reymundo de Grecia, prólogo, portada, libro de caballerías, Biblioteca Real de Dinamarca.

ABSTRACT

The present article describes for the first time a heretofore unknown exemplar of *Reymundo de Grecia*, an anonymous chivalric romance published in 1524. This new witness, found in the Royal Library in Copenhagen, contains intact both the title page and the prologue: paratextual material lost in the other extant copy housed in the British Library in London. The discovery of the title page and preface is discussed here in depth to examine their relationship with other works of the chivalric corpus. Finally, this article outlines briefly the exemplar's provenance in order to understand how it came to arrive and remain on the shelves of the Danish library.

KEYWORDS

Reymundo de Grecia, prologue, title page, chivalric romance, Royal Library of Denmark.

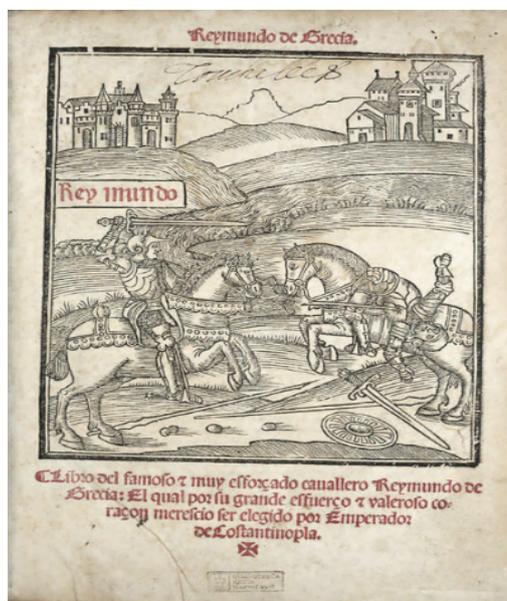
Rebut: 5/06/2015

Acceptat: 9/09/2015

1. Este artículo se ha realizado gracias a una ayuda FPU (ref. FPU14/03593), otorgada por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Asimismo, se integra dentro del proyecto I+D «L literatura hispánica medieval en sus fuentes primarias: BETA (Bibliografía Española de Textos Antiguos)» (ref. FFI2012-35522), dirigido por el profesor Ángel Gómez Moreno; se vincula, a su vez, con los objetivos del grupo de investigación «Sociedad y literatura hispánicas entre la Edad Media y el Renacimiento» (ref. 941032) de la Universidad Complutense de Madrid. Agradezco profundamente a los profesores Álvaro Bustos Táuler y Mercedes Fernández Valladares sus lecturas, revisiones y consejos sobre este artículo.

Una rápida ojeada a la bibliografía de los libros de caballerías basta para comprobar que el *Reymundo de Grecia* vivía en un diminuto habitáculo dentro de las investigaciones caballerescas. Las noticias que llegaban sobre él no animaban, precisamente, a su estudio: era la continuación de una obra sin gran éxito, con un único ejemplar conocido hasta el momento que, para colmo, yacía mutilado en los fondos de la British Library de Londres (signatura C.57.g.10). Tampoco existían datos fiables que arrojaran alguna luz sobre su autoría, lo que se suma a la poca popularidad que había alcanzado el texto en el ya lejano siglo XVI. No extraña, por tanto, que este yermo campo no haya cultivado más frutos que una bibliografía contenida sin grandes estudios críticos, donde en pocas ocasiones florecía discretamente algún esqueje, apéndice de su triunfador hermano mayor entre la crítica: el *Floriseo* de Fernando Bernal (Guijarro Ceballos 1999; 2002; 2007). Precisamente, estos ramilletes de aventuras caballerescas provocaron que se asignara, por defecto, la autoría del *Reymundo* a este autor extremeño, a pesar de no contar con una prueba fehaciente de ello, ya que carecía tanto de la página de preliminares como de la portada. No obstante, la encomiable edición de Ivy Corfis (2014), recientemente publicada, ha supuesto un paso de gigante para permitir que este libro de caballerías haya vuelto a ver la luz desde su ya lejana edición de 1524.

Tras esta mirada al pasado crítico del *Reymundo*, las siguientes líneas no están exactamente enfocadas a desentrañar alguno más de los aspectos literarios que cabalgan entre las páginas de esta ficción caballeresca, sino a orillar un nuevo texto que vendría a desterrar la vieja idea de que el *Reymundo de Grecia* habitaba exclusivamente en un ejemplar único e incompleto de la British Library. Esta singular referencia ya se colectaba en la clásica bibliografía de Eisenberg y Marín Pina (2000) y en los avistamientos críticos de Guijarro Ceballos (2002; 2007), e Ivy Corfis en su reciente edición (2014). Sin embargo, tras realizar una serie de pesquisas, estamos en condiciones de exhumar un nuevo ejemplar del *Reymundo de Grecia*, localizado en la Biblioteca Real en Copenhague (signatura Closed stack 18, 272 S-30)².



Ahora bien, la novedad de este nuevo texto, frente al libro presente en la British Library, se focaliza en su estado material, pues ha conservado intactos la portada y el folio de preliminares

2. Realmente, la verdadera autora de este descubrimiento es la profesora Mercedes Fernández Valladares (UCM), quien me puso sobre la pista de un posible ejemplar del *Reymundo de Grecia* en la Biblioteca Real de Dinamarca. A ella, todo mi agradecimiento.

correspondiente al prólogo, de los que carecía el ejemplar inglés tal y como anotaba la crítica³. Otra sorpresa que depara este nuevo texto es su colofón, que coincide plenamente con el presente en la biblioteca inglesa; el ejemplar danés reza que acabó de imprimirse en diez de julio de 1524, «Acabose a x de Julio de MDxxiii».

En este punto, creo necesario otear las primeras noticias de época decimonónica que se recuerdan del *Reymundo* de la mano del librero Brunet, primer investigador que recogió la noticia de la existencia de este libro de caballerías en la British Library de Londres. Asimismo, el librero habría sido el único, hasta hoy, que conocía de primera mano el prólogo y la portada del *Reymundo*, paratextos de los que ofrece una somera reseña (Brunet 1990, col. 1259-1260). Las incursiones de Brunet colocaron la obra bajo el marbete de «anónima», además de aventurar la posibilidad de que fuera la continuación de un todavía desconocido *Floriseo*, ficción que se descubriría unos años más tarde por el insigne Pascual Gayangos en la Biblioteca Nacional de España (Gayangos 1993, LXXV).

El paseo de Brunet por el *Reymundo* dio sus frutos con la copia del inicio de los preliminares «Prologo sobre la hystoria del esforçado e muy vitorioso cauallero Reymundo de Grecia. El qual por su grande esfuerço e valeroso coraçon fue elegido por emperador de Constantinopla», amén de las pinceladas con las que trazó las líneas maestras del prólogo donde su anónimo autor aseguraba haberlo traducido del italiano para disfrute de los salmantinos. Estas alusiones a tierras charras plantaron las semillas de las que brotaron un dato a día de hoy confirmado (Dennis Rhodes 1958; 1989, 80): el libro habría sido impreso en Salamanca, en los talleres de Alfonso de Porras y Lorenzo Liondelei en 1524, año indicado en el colofón. Este manojo de información, así como la localización de la impresión, ha constituido los apuntes bibliográficos del libro hasta quedar circunscrito a los registros de los mencionados impresores salmantinos (Ruiz Fidalgo 1994, 269). Por el momento, y con el ejemplar danés ante nosotros, se puede confirmar que el encabezamiento de los preliminares copiado por Brunet en el siglo XIX coincide completamente con el encabezamiento que figura en el prólogo del *Reymundo* danés (Brunet 1990, col. 1259-1260). Pero este haz de similitudes no termina ahí. Si se compara el *descriptum* del librero con la fresca aportación de este nuevo testimonio, las semejanzas, cuales gemelos, son más que notables; entre ellas, destaca en primer lugar la disposición de los renglones del texto, pues mientras el cuerpo del texto se distribuye a doble columna, el prólogo mantiene el renglón seguido. Esta composición, ya habitual en la edición del libro de caballerías, coincide con la ya recapitulada por Brunet (1990, col. 1259-1260), lo que propone un nuevo ejemplar, esta vez completo, de la misma edición que el texto de la British Library⁴. No obstante, antes de comentar el prólogo aquí hallado, creo necesario que nos enfrasquemos primero en un remolino de novedosas informaciones respecto a la portada del libro, que arroja importantes aportaciones sobre su origen.

La portada del *Reymundo* se esculpe como una escena bélica, que refleja el enfrentamiento entre dos caballeros a caballo; composición que, aunque no sea el prototipo por excelencia de las ilustraciones de los libros de caballerías (las obras gustaban presentar la imagen de un caballero montado), sí se corresponde con la pintura caballerescas que ocupaban numerosos folios de las ficciones caballerescas (Lucía Megías 2000, 214-218). En este caso, ondea un grabado xilográfico estampado en tinta negra, que modela dos caballeros con armadura en el fragor de un combate

3. En concreto, el catálogo de la British Library reza «Apparently imperfect; wanting the titlepage and preliminary matter».

4. Ante esta situación, estamos en condiciones de ofrecer la fórmula colacional del *ideal copy* del *Reymundo de Grecia*, hasta ahora incompleta al contar solo con un ejemplar múltiple: Fol.- []² a-l⁸. -2h., [j] ij-lxxxviiiij f.

singular, uno de ellos mortalmente herido, ensartado con una lanza. Este personaje lacerado se sitúa en la parte derecha de la imagen, y se retrata en el momento justo en que caería del caballo, mientras que a sus pies se desperdiga una espada y un escudo. Por tanto, se entrevé un caballero derrotado que cae una vez ha perdido sus atributos de guerrero, a la vez que el personaje al que se enfrenta, encajado en la parte izquierda de la portada, blande una espada en posición de ataque. Sobre su cabeza se despliega una filacteria impresa en tinta roja que reza «Rey mundo», de modo que el caballero protagonista de la historia se erige como el ganador del combate, anticipando ya las victorias que Reymundo obtendrá en las siguientes páginas. Este lienzo de batalla se adereza con los caballos en posición de corveta, para plasmar el momento mismo del enfrentamiento y que otorga cierto dinamismo a la imagen.

Este primer plano del cuadro cede terreno ahora al fondo del lienzo, donde se aprecian dos castillos, enclavados sobre los caballeros; mientras, en el resto del paisaje surgen tímidas colinas, sin que las maquillen con ningún detalle llamativo de vegetación, lo que da un halo de mesura al entorno. Irremediablemente, la atención se posa en el combate singular. Debajo de la imagen, en tinta roja, se lee el título con el que se enuncia la obra: «Libro del famoso y muy esforçado cavallero Reymundo de Grecia; el cual por su grande esfuerço el valeroso corazón mereció ser elegido por Emperador de Constantinopla», incrustado en forma triangular para finalizar con un calderón en forma de cruz griega. Finalmente, sobre la imagen de la portada, también en tinta roja, está escrito «Rey mundo de Grecia», simple encabezado que facilita al lector la identificación de la obra⁵.

En palabras de Lucía Megías (2000, 215-217), el combate singular entre dos caballeros dentro del motivo del enfrentamiento bélico relumbra en un pequeño número de libros de caballerías, un corpus bastante menos amplio que los decantados a favor del jinete montado o del escudo heráldico a modo de portada. En concreto, hasta la fecha este motivo bélico se ha empleado como portada de un libro de caballerías en el *Tristán de Leonís* de 1511 (Sevilla, Jacobo de Cromberger), en el libro tercero de *Clarián de Landanís* de 1524 (Toledo, Juan de Villaquirán), *Renaldo de Montalbán* de 1526 (Salamanca, Alfonso de Porras y Lorenzo de Liondelei) y los libros impresos por Pedro Castro en su taller de Medina del Campo, ambos en 1542: *Philesbián de Candaria* y el primer libro del *Clarian de Landanís*. A ellas se puede sumar *La hystoria del rey Canamor y del infante Turián su hijo y de las grandes aventuras que huvieron*, tanto con su edición de 1527 (Valencia, Jorge Costilla) como con la de 1546 (Sevilla, Domenico de Robertis). Asimismo, se atisba otra portada con un motivo bélico, pese a que el escrito que enmarca no se acopla con el libro de caballerías ortodoxo: la *Crónica Troyana en romance* de Guido delle Colonne, impreso en 1512 en los talleres de Juan Varela de Salamanca⁶. La diferencia esencial entre todas estas xilografías queda perpetrada en esta última portada al representar el asedio de una ciudad, frente al resto de grabados que labran combates singulares entre dos caballeros (2000, 215). Se hilvana, por tanto, una cota de ficciones coronadas con el motivo de combate entre caballeros, tapices guerreros que recordaría al contenido mismo de la obra.

A pesar de que este motivo bélico no es muy recurrente en la portada del libro de caballerías, aquí se conforma como la piedra de toque que adosa astutamente al *Reymundo de Grecia* a la ciudad Salamanca, tal y como ha sospechado la crítica pero, ahora, por razones diferentes. El

5. Puede resultar llamativo que el nombre del personaje aparezca separado, «Rey mundo», marbete de un futurible «rey del mundo», que adelanta sus triunfos caballerescos

6. Este mismo grabado aparece en la edición del *Libro de don Tristán de Leonís* de 1525 y en el interior de la *editio princeps* de la *Crónica popular del Cid*, un incunable de 1498 realizado en el taller sevillano de los Tres Compañero Alemanes.

pórtico se entalla muy similar, por no decir idéntico, al que dos años más tardes inaugura el *Renaldos de Montalbán*, también en Salamanca en los talleres de Alfonso de Porras y Lorenzo Liondelei según reza su colofón: «Impresso en Salamanca acabose a veynte e cinco días del mes de Agosto del año mil e quinientos e veynte e seys años» (*Libro del noble y esforçado et inuencible cauallero Renaldos de montaluan* 1526, fol. ccxxviiiir).

Ya no se trata únicamente de que sendas portadas sugieren un combate singular entre dos caballeros, sino que los dos grabados bosquejan un mismo cuadro; umbrales que explicitan dos caballeros montados en posición de jineta; aquel dibujado en el lateral derecho está mortalmente herido por una golpe de lanza, a la par que el caballero de la esquina izquierdo desenvainada la espada en actitud de ataque. Se entona de fondo ecos de una imagen paisajística y arquitectónica de la composición: un castillo sobre cada uno de los caballeros y el campo con suaves colinas sin vegetación, coronado con el escudo y la espada abandonados a los pies del caballero agonizante. La única singularidad del grabado late en la filacteria impresa sobre la cabeza del caballero triunfante, al tornar el nombre de «Rey mundo» por «Renaldos», también en tinta roja. Por lo tanto, si bien el motivo bélico saluda desde varios libros de caballerías a lo largo del siglo XVI, son el *Reymundo de Grecia* y *Renaldos de Montalbán* quienes compartirían la misma xilografía, salvo por ligeras variaciones necesarias para adaptarse a la ficción que sirven como marco. Las mudanzas entre la portada del *Reymundo de Grecia* y el *Renaldos de Montalbán* posan en el título, debajo de los grabados que varían el texto y la tinta. Si la continuación del *Floriseo* agita orgulloso una filacteria en tinta roja, el *Renaldos* muestra discreto una tinta negra en las palabras título, en concreto en aquellas que señalan directamente al protagonista de la historia caballeresca, es decir, en la adaptación italiana se intercambia el nombre de «Rey mundo» por el de «Renaldos»:



Otra variación entre las dos portadas se confina en los bordes del grabado; la imagen del *Renaldos* destella con una orla mucho más recargada, plagada de motivos vegetales que linda

una estética plateresca, muy en boga en los años previos, pero de la que carece la segunda parte del *Floriseo*, mucho más sencilla. Por otro lado, *Reymundo* recupera esta orla churrigueresca en su primer folio, donde los elementos vegetales y animales, como las águilas de la parte inferior, acarician una estética más renacentista. Ello se debe a que el sistema de copia o empleo de un mismo taco xilográfico no se realizaba siempre por el mismo procedimiento, las modificaciones o alteraciones se antojaban habituales, especialmente en los laterales como es aquí el caso, donde se mudaban las figuras al haberse podido deteriorar las matrices precedentes (Lucía Megías 2004, 81)⁷.

Tras este viaje por la imprenta manual, la red de influencias entre el *Reymundo* y Salamanca, en particular con los talleres de Alfonso de Porrás y de Lorenzo de Liondelei, se estrecha más al compartir esta portada. Estos dos impresores, que trabajaron juntos desde 1521 (Martín Abad 2003, 69) hasta 1529, sacaron de sus prensas únicamente estos dos libros de caballerías; es más, en el caso de *Renaldos* se trataba de una nueva edición, pues el primer registro que se tiene del libro data del año 1511 en Valencia (Haro Cortés 2014, 84), o sea, no constituía ya una innovación dentro del género caballeresco contemporáneo. A la luz de los hechos, resulta llamativo que los únicos dos libros de caballerías que sacan a la luz estos dos impresores compartan la portada. Sin embargo, hay que recordar que ni el *Reymundo* ni el *Renaldos* especifican el taller en el que fueron impresos (aunque su adscripción a los talleres de Porrás y Liondedei queda fuera de duda), situación en apariencia habitual en la imprenta salmantina (Ruiz Fidalgo 1994, 49-50); mas estas portadas enlazarían de un modo u otro las dos obras, ya sea con uno solo de los impresores o una colaboración entre talleres.

No obstante, por la portada de la ficción italiana se deduce que sendos impresores decidieron «reciclar» el grabado xilográfico del *Reymundo* cuando, dos años más tarde, imprimieron la edición de *Renaldos* de 1526. Hasta el momento se pensaba que la xilografía empleada para este último libro de caballerías solo se había utilizado en dicha impresión pero, tras la aparición del ejemplar danés del *Reymundo*, creo necesario matizar tal afirmación y pensar que este grabado xilográfico se estampó en un primer momento en la edición del *Reymundo* de 1524, y se reutilizaría dos años más tarde en la reedición de *Renaldos* de 1526. La historia de la imprenta salmantina nos ofrece pesquisas acerca del aprovechamiento de estas planchas, pues la crisis que se cernió esos años sobre sus prensas puede explicar este uso repetitivo de la portada; y es que, hasta 1521, la producción de obras era bastante aceptable tanto cualitativa o cuantitativamente debido al influjo de Nebrija y sus seguidores, así como a la misma universidad. Sin embargo, entre los años 1522 y 1538, la edición de obras cae sensiblemente hasta que, a finales de la década de los treinta, consigue remontar (Ruiz Fidalgo 1994, 28).

A la vista de los hechos, creo necesario deponer la idea de que este grabado fue estampado exclusivamente en una sola ocasión; con motivo de la edición del *Renaldos* en 1526 (Lucía Megías 2004, n. 18), al confeccionarse previamente como la puerta de entrada del texto del *Reymundo*. Este mismo portal de imágenes para los dos únicos libros de una imprenta reforzaría el planteamiento de que los motivos bélicos y los caballeros jinetes permanecían tipificados como una imagen ligada al género editorial de los libros de caballerías. Es posible, por tanto, su reutilización para esculpir los pórticos de diferentes ficciones caballerescas, aunque ello supusiera pequeñas variaciones dentro de la propia portada (2000, 215).

7. Tras estas mínimas diferencias formales entre las portadas, es imposible obviar un nimio detalle, esta vez hermano de las similitudes de los ejemplares localizados en las bibliotecas inglesa y danesa: el primer folio tras el prólogo coincide íntegramente, tanto en disposición como en decoración, con el folio inicial del ejemplar del *Reymundo* de la British Library.

Los hilos que tejen los tapices de caballeros jinetes como portadas de las ficciones, dentro ya de la confección del género editorial, dan vida a todo un negocio libresco. No en vano, un mismo taco xilográfico cincela varias obras, ya sea por pertenecer al mismo impresor o a diversos talleres en una o varias ciudades, lo que implica un móvil económico; sus motivaciones, arraigadas en el abaratamiento de costes de impresión, se convierten en la cara inversa de la moneda del sello editorial. Las pequeñas modificaciones que disfrazaban los frontones de los libros (posiciones del caballero, ropajes empleados, armas portadas o escenas bélicas) no desbrozan el cordón umbilical que las liga, más bien subraya una identidad propia de género editorial, es decir, una etiqueta comercial con la que el lector podía identificar la obra con un simple vistazo a la portada (Lucía Megías 2004, 72-73).

Tras este somero repaso al umbral del libro, la vista se posa obligatoriamente sobre el prólogo del *Reymundo* (recuerde el lector que el ejemplar de la British Library carece de este folio de preliminares). Ya el librero Brunet aseguró tiempo ha que sí había visto el texto completo, retazos de información que cuela en visiones del prólogo y los títulos iniciales; pero era obligado tratar su testimonio con cautela, pues sospechoso era el paso del tiempo y la falta de una prueba física que sustentara y contrastara sus palabras. Sin embargo, con un nuevo ejemplar en la mano, la situación cambia. Este testimonio danés se metamorfosea en mano salvadora de los investigadores cuando, tras penetrar por sus páginas, el prólogo se erige ante nosotros: la comprobación de estos datos se transforma entonces de utopía a realidad. Ivy Corfis (2014, 7) ya explicó que los dos folios iniciales que faltan del ejemplar inglés (la portada y los preliminares) no estarían numerados, sino que la paginación comienza ya en el folio que arranca con el primer capítulo del libro. Las intuiciones de la investigadora norteamericana no estaban, para nada, desencaminadas como se confirma con el ejemplar danés en la mano, pues la misma circunstancia ocurre con el nuevo testimonio. Ni la portada ni el prólogo se encuentran numerados; pequeño detalle, pero otro más de los nudos de ligazón entre los dos libros localizados. Incluso, si se vuelve la vista a la edición del *Renaldos* de 1526, emergen semejanzas entre ambos, pues tampoco se numeran los folios ni de la portada ni de los paratextos. Ahora bien, es el prólogo, zaguán del texto, la pieza que hermana con la descripción que hizo Brunet, al coincidir con el contenido del preliminar del *Reymundo* localizado en Dinamarca. Muy brevemente, Brunet solo menciona que en el paratexto el anónimo autor asegura que la obra ha sido traducida del italiano para el disfrute de los habitantes de la ciudad de Salamanca. Esta sucinta descripción se amplía considerablemente gracias al cotejo con el ejemplar de Copenhague, que se describe a continuación completo por primera vez y que ofrecemos transcrito en el «Apéndice».

Este preliminar del *Reymundo de Grecia* apenas se extiende por el recto del que debería ser el primer folio no numerado. Igualmente, no se hallan ni poesías laudatorias ni presencia de otro tipo de paratextos, lo que da como resultado unos parcos preliminares textuales. Sin ánimo de enrocar este introito en un compartimento estanco, con la teoría en la mano se encasillaría como «prólogo afectivo» (Porqueras Mayo 1957, 117), pero creo que sus palabras ofrecen detalles privativos, y que le da un perfume similar a otros prólogos de ficciones caballerescas. Su comienzo acaricia temas morales y filosóficos, a primera vista lejanos a los ensueños caballerescos, pues el autor destaca su admiración ante una de las condiciones de la naturaleza humana: la diferencia o distinción que se puede apreciar dentro de dicha naturaleza humana, o sea, las diferencias que existen entre los hombres.

Esta «inygualdad de las cosas que ser tienen» posibilita que el hombre obtenga un mayor conocimiento de la naturaleza humana, espejo de la realidad que acerca y aprecia el valer y el

virtuoso poderío del Señor. Sin embargo, esta diferenciación o distinción entre los hombres transmuta en un aspecto positivo, hasta el punto que admite el epítome de «gracia», en concreto, una copia de dicha «gracia» que, reflejada en este cristal de la naturaleza humana, se repartiría entre todos los seres. Pero si en principio su aparición se deseaba ordenada, la verdad resulta más caótica, pues este racionamiento se torna caprichoso y voluble, según avisa el texto «a quien le plazca reparte» (*Reymundo de Grecia...* 1524, s. f.), que podría ocultar la mudable mano de Fortuna que tantos sinsabores causaba en la literatura del siglo xv, frente con la Providencia.

Una exégesis del contenido de esta primera parte del prólogo, aunque roza en ocasiones temas morales y doctrinales, discurre por una alabanza a la variabilidad de la naturaleza humana o las diferencias que caracteriza a toda persona respecto a sus semejantes. Esta diferenciación entre las variadas naturalezas humanas no es, para nada, gratuita, sino que pone en nuestra mano un mayor conocimiento: la comprensión, a lo menos levemente, del poderío del «Señor». Igualmente, estas discrepancias no se consideran, ni mucho menos, un aspecto negativo, sino todo lo contrario: la variedad es vista como una cualidad de la gracia. Además, se añade que estas diferencias positivas se reparten de una forma libre, gobernadas por una mano caótica que aventura el futuro al azar.

Tal vez, esta parte se pueda entender dentro de la libertad y el libre albedrío que defendía la religión católica, en el que cada ser obra según sus decisiones sin que esté fatalmente atado a una predestinación o a un futuro ya escrito: se irradia un aroma de los años previos de la publicación del *Reymundo* (1524), momento en el que Lutero ya ha protagonizado su cisma con la Iglesia Católica y su pensamiento corría como la pólvora por toda Europa. Sin que las líneas del premio hundan sus raíces en las ideas luteranas, ni se engendre, por tanto, un enfrentamiento a esta corriente religiosa, se podría otear indicios propios de ambiente cultural y religioso de la época. Si verdaderamente el libro es originario de Salamanca, es imposible obviar la vida universitaria e intelectual que depuraba dicha ciudad, en cuyas aulas se podía estudiar la carrera de Teología o Leyes y desde cuyas cátedras se atacaban (o escudaban) las nuevas doctrinas que afectaban directamente al pensamiento oficial, sendero espinoso que recorrió el erasmismo en el siglo xvi. Actores en los enfrentamientos, las ficciones caballerescas se tejieron en ocasiones como textos recipientes de las corrientes de pensamiento de vanguardia. Las ideas del pensador de Rotterdam no fueron, ni mucho menos, una excepción, como demuestra *Silves de la selva*, embebido por un marcado aire erasmista (Tabares 2002).

Tras este inicio, sin duda, sugerente, el anónimo autor prosigue su discurso con su altavoz de ideas más o menos morales, para orientar el foco sobre la misericordia, base para conseguir el entendimiento y comprender las distintas naturalezas de los hombres: la obtención de un conocimiento profundo, prohibitivo al que el autor aspira con notable fervor. Ahora bien, lejos de ambicionar una erudición sobre la naturaleza humana, el autor decide sobrepasar la corteza para inmiscuirse en un meollo mucho más elevado: el ansia de nuevos saberes se enfrenta al estudio pasivo y colector de informaciones para vislumbrar ahora una ambición por el descubrimiento y el cultivo del campo de conocimiento precedente. Este gusto por entender nuevas realidades, paralelo al placer que le proporciona la copia y estudio de los libros antiguos, gotea por una actividad gracias a la cual ha descubierto esta ficción caballerisca: oxígeno que le permite bucear por el mar de saberes. Según cuenta, durante una estancia en algún recóndito rincón de Italia, encontró este libro escrito en una lengua toscana y resolvió traducirlo por la gran cantidad de materias que trataba. Saludan aquí palabras casi calcadas de numerosos prólogos de libros de caballerías, bifur-

cando dos tópicos; uno de ellos viejo conocido de la retórica medieval (Curtius 2004, 127-136), y otro, vigente en prácticamente la totalidad del corpus caballeresco.

El tópico de la falsa modestia resalta tras una rápida mirada de vista; en él, el autor expresa su falta de capacidad para adquirir por sí solo el conocimiento sobre la diversidad de la naturaleza de los hombres, situación confusa y complicada, máxime si se recuerda las primeras líneas del prólogo. Después de este primer esbozo, rápidamente asoma el tópico de la falsa traducción en combinación con el manuscrito encontrado (Sarmati 2004; Marín Pina 2011), clientes habituales casi en la totalidad de libros de caballerías desde las *Sergas de Esplandián*, obra originalmente escrita en caracteres griegos, según confiesa Montalvo en el prólogo (Rodríguez de Montalvo 2003, 115). Se urde, así, una red de influencias con las ideas precursoras del autor: el ejercicio de la traducción agavilla un conjunto de medidas para alcanzar el conocimiento, ya por actividad, ya por contenidos. Se estipula pues una tarea alejada del mero pasatiempo, a favor de un estadio anterior a la escritura, que da forma a una ligazón perfecta entre las declaraciones del autor y el sentir general de los escritores del momento (Marín Pina 2011, 71-75). Es más, la lengua italiana originaria de la obra, incrusta el *Reymundo* en un círculo de libros de caballerías familiarizadas con la tierra de Dante. Ya Páez de Ribera cacareaba en su inmenso (y doctrinal) prólogo que su *Florisando* habría nacido hablando en lengua toscana en una biblioteca que había pertenecido al mismo Petrarca. Años más tarde, *Felixmarte de Hircania* (1556) de Melchor de Ortega emite sus llantos de recién nacido desde un manuscrito escrito en italiano, traducción a su vez de un texto latino y otro griego. Regueros de lenguas exóticas que, como recuerda Marín Pina (2011, 79-80), forjan complicadas traducciones interpuestas entre las lenguas clásicas y el romance final; intrínsecamente unido también a la procesión de lenguas vernáculas cercanas al castellano original, en este caso, el italiano. Este juego idiomático remarca no solo la rareza de una lengua extranjera, sino que colorea las páginas de las ficciones con las connotaciones culturales y artísticas que poseía la lengua de Petrarca ya desde el Humanismo de un siglo atrás.

El elección del italiano como lengua de partida no es, precisamente, casual, pues es bien sabido que existió en España un ramo de ficciones caballerescas; auténticas traducciones o adaptaciones de *cantari* italianos como el *Renaldos*, el *Baldo* o el *Morante* (Gómez-Montero 1992). Ahora bien, tampoco es ningún secreto que el italiano fue también la lengua de cultura, un idioma de intercambio entre los humanistas (con permiso del latín), que dio vida a ese *dolce stil nouvo* del que nacería la poesía amorosa reinante del siglo XVI. Se fragua, por tanto, una potente malla intertextual subrayada con las intensas relaciones entre los reinos hispánicos e itálicos desde el siglo XV, que motivaron un influjo mutuo y que patrocinaron el intercambio de ideas y textos, arterias que alimentaron las ansias de visitar Italia por todo hombre de cultura que se preciase (Di Camillo 1976; Gómez Moreno 1994). Por ende, es fácil entender que el prestigio de los autores italianos y sus obras se palpaba en la península, antesala de la triquiñuela de enmascarar el libro como una traducción de lengua toscana, que elevaría el valor del texto. No obstante, la cruda realidad es que no era más que un tópico, un artificio idiomático que los autores esgrimían para embozar su obra; paralelo al pórtico que engalana el libro con una portada y una orla que lo embellece materialmente; estas referencia al italiano y, más extensamente, a cualquier lengua exótica, tendrían como meta enaltecerlo.

El siguiente paso que da el autor del *Reymundo* nos acerca al segundo de los tópicos. La traducción ha sido el resultado del desfile de importantes temas engarzados con los intereses no solo de España, sino de también Castilla, y que serían el regocijo de los habitantes de la ciudad de Salamanca. Pero es la falsa modestia, tópico presente en la totalidad del prólogo, la principal música de fondo que resue-

na en el proemio: las palabras del autor aseguran que si el lector disfruta con la lectura del texto, tal efecto no se debe considerar una virtud del traductor, sino una dignidad de la misma ficción caballeresca. La elevada labor de traducción, que previamente ha planteado el autor, se ve ahora, aparentemente, menospreciada. Pero la realidad dista de un rechazo directo a esta actividad; más bien, su repulsa se concentra en la falta de capacidad para encarar un trabajo de tales magnitudes, lo que le permite echar mano de la siempre socorrida (fingida) modestia, que mantendrá el autor dentro de los principios retóricos a los que se adscribe el prólogo. No se puede plantear, por tanto, un menosprecio del trabajo de la traducción que el propio autor alaba con azucaradas palabras «verdaderos traduzidores» y salva de todo mal.

Esta labor de la traducción, someramente aludida, precipita una relación entre las palabras del prólogo y la vida cultural y libraria del Renacimiento. Huelga comentar la importancia que cobró esta actividad ya no solo desde la Edad Media, sino especialmente en el siglo xv, abanderada misión en la expansión del Humanismo, que se instruye como la pieza salvadora para preservar y propagar el conocimiento de otros pueblos y culturas. El salto entre la Edad Media y el Humanismo cuatrocentista tiene en la traducción un cambio de mentalidad, puesto que se torna el enfoque dado a la hora de traspasar los textos de una lengua a otra (Russell 1985). Misma carrera de fondo recorre el avance en los estudios de filología, cuyo meta era depurarlo de errores, a la par que conocer los escritos de las grandes *vires* de la Antigüedad, condimentos que repercutieron en una traducción delicadamente cuidada (Rico 2014). Si el Humanismo se había alimentado con la leche de la traducción, la Salamanca del siglo xvi bebía la fuerza emanada desde la universidad, cual rey que admira sus tierras desde el castillo, lo que promovió por partida doble el tráfico de libros en otras lenguas, especialmente en latín, amén de la traducción de obras utilizadas en las aulas universitarias (Ruiz Fidalgo, 1994). Finalmente, son los nobles, obsesionados por completar sus bibliotecas particulares con libros de los grandes autores clásicos, bien en su lengua original, o bien con traducciones, quienes suscitaron la circulación de textos.

En este punto, salta extrañado, por primera vez, el verdadero destinatario que se dirige a lo largo del prólogo: el propio lector. Este mecanismo, utilizado años más tarde por Cervantes en su personal libro de caballerías, contrasta con la mayoría de las ficciones caballerescas, que preferían colocarse a la sombra de alguna personalidad reseñable a quien le dedican la obra, amparo que se tamiza en un prólogo-dedicatoria (Lucía Megías 2000, 376). Aun así, el proemio del *Reymundo* no galopa solo, ni mucho menos, sino que es el compañero de viaje de un pequeño grupo de libros de caballerías sin destinatario concreto: *Polindo*, *Philesbián de Candaria* o *Florando de Inglaterra* son solo algunos ejemplos. Como una amistad íntima, el prólogo de este último guardaría cierta relación con el proemio de *Reymundo de Grecia*, analogía que se divisa en los destinatarios ideales de la obra quienes, en la continuación del *Floriseo*, son los habitantes de Salamanca, mientras que el *Florando de Inglaterra* prefiere dedicarse a los habitantes de la ciudad de Olixea para que disfruten con los diversos contenidos que toca el libro, similar a como declaraba el prólogo del *Reymundo* (*Comiença la coronica del valiente y esforçado... 1545, s. f.*). No creemos que exista un tronco común del que deriven estas dos obras, o una influencia inmediata; más bien, es posible discernir un sendero común de tópicos y referencias habituales de los preliminares de las ficciones caballerescas y que forman parte de la caminata habitual de los autores que acopian los ingredientes que aderezan el guiso caballeresco.

Tras un inicio de prólogo rociado con materia moral, su tono varía para dotar al paratexto de ensueños caballerescos, protagonizados por las grandes gestas guerreras: «no hallaras menos fruto de sus grandezas las batallas, las grandes hazañas de la caballería y los virtuosos casos de

fortunosos fines... » (*Reymundo de Grecia*... 1524, s. f.). En este caso, el proemio remite al universo bélico propio de las ficciones caballerescas, escenario habitual de memorables escenas, incluso, eje fundamental en el argumento de las obras. La máscara que porta el héroe lo transforma en caballero, guerrero o, en su defecto, alcanza cotas de capitán renacentista, diestro en las armas y astuto en estrategia militar (del Río Nogueras 2010), pero sin dejar de blandir la espada que golpeará violentamente a los gigantes que años después imagina don Quijote, o a los mahometanos en interesados enfrentamientos político-históricos (Marín Pina 2011, 89-91). Los combates o lizas, espina dorsal del libro de caballerías, son la vereda que recorre inexorablemente el protagonista hasta rebasar los escollos que plagan sus aventuras (Sales Dasí & Lucía Megías 2008, 119-122; Sales Dasí 2004). Basta, así, un ligero trazo en el prólogo para atisbar la acuarela de batallas y victorias caballerescas.

Pero no todo acaba con el derramamiento de sangre, dado que este caudal de refriegas caballerescas se riega con su afluente palaciego. Se podría llegar a entrever también un reguero de justas o lances cortesanos, diversiones principescas disfrutadas en el seno de la corte donde los caballeros gustaban de participar. Este mundo cortesano de juegos caballerescos era reflejo de espectáculos y de celebraciones palaciegas que festejaban diversos acontecimientos reales: unos actos festivos, a caballo entre la teatralidad y la realidad. En ellos, se concentraba lo más granado de los caballeros de la corte, propiciando así que, por unas horas, príncipes, reyes o nobles poseyeran a sus idolatrados caballeros Amadís, Lanzarote o Palmerín⁸. Las sombras que se diseñan de las diversiones palaciegas tiene como guinda el amplio muestrario de motes, letras de justadores o divisas que lucen los caballeros y que, más tarde, tendrán su calco en los textos (Basurto 2007, XVI; Sales Dasí 2004, 123-125). Se produciría, de ese modo, una ambivalencia considerable entre ambos mundos, especialmente cuando los proemios son el mural donde se plasman; sus fronteras se desdibujan hasta quedar irremediabilmente fusionadas. Mas, en este texto preliminar, las referencias guerreras salpicadas de sangre apuntan, infaliblemente, al universo de las batallas entre grandes ejércitos donde el caballero debe mostrar su valor con las armas. Se pierde, pues, el rastro a las historias de amores entre los caballeros y las damas que conjugaban habitualmente con los festejos cortesano; es más, complicado es hallar, si quiera, mención alguna al universo palaciego que envolvía estos juegos caballerescos. La presencia de tales universos es, de cualquier forma, el torrente que, grácilmente, fluye por gran parte de los libros de caballerías, igual que la mención y promesa de las aventuras amorosas que se presagiaban en diversos prólogos, como el ya citado *Florando de Inglaterra*.

Asimismo, el cortinaje guerrero que cuelga de la fachada del texto, si bien tipificados dentro del tipo de grabado empleado para la portada del libro de caballerías (Lucía Megías 2000, 215), representa un combate singular entre dos caballeros, una refriega tejida con los hilos del motivo bélico. Esta imagen de combate apoyaría las hazañas guerreras que en el folio siguiente tararea el prólogo, convenientemente alejada de la escena cortesana que, en otras ocasiones, también deslumbraría a los lectores de ficciones caballerescas en los umbrales de los libros, aunque estas representaciones palaciegas son sensiblemente menos numerosas (Lucía Megías 2000, 228). La portada, cual ilustración del texto, se convierte en un complemento para que imagen y palabra se fundan en un mensaje que envían a los lectores: las aventuras que los envolverán cuando cabalguen junto a Reymundo.

8. Las referencias a las fiestas reales, justas y torneos, así como su ligazón entre la nobleza y, más concretamente, con la ficción caballerescas se pueden hallar desde el siglo xv hasta la época de Felipe II, sin descuidar el reinado de los Reyes Católicos. Varias notas de referencia se encuentran en Martín de Riquer (2008), Cátedra (2001), Díez Garretas (1999) y Nieto Soria (1995).

A modo de telón, el prólogo cierra con una pequeña llamada al lector, invocación que le ruega que, si hubiere o hallase algún error en el texto, enmiende o corrija, pues la perfección suma no es un bien de los hombres, sino patrimonio exclusivo de Dios. Sus faltas no parece que sean escollo para verse privado del galardón al que tanto aspira, merecido premio por la «traducción» de la obra, el favor o la recompensa ansiada por la escritura del texto. De nuevo, florece ante nosotros otro de los tópicos habituales que pasea por el prólogo, semejante a la falsa modestia sorprendida desde el inicio del paratexto. Asimismo, la referencia al «galardón» se aleja de cualquier tipo de casualidad, pues dicho vocablo remite de nuevo al lector, entre otros, al mundo palaciego de las justas y los juegos cortesanos. Con una nueva careta de poeta cancioneril, verso que raya la cotidianidad en la época (no se olvide la publicación del *Cancionero General* en 1511 por mano de Hernando del Castillo), el autor del *Reymundo* se transmuta por el yo poético que reclama a su amada o a su dama, metáfora de los lectores de la obra que recompensen su esfuerzo con una preciada compensación. En este caso, la labor del escritor (su obra) sugiere el homenaje del público, como la amada del poeta cancioneril reconoce el amor de su enamorado. Sin que se fuerce un paralelismo absoluto entre las dos escenas, caballerías y cancionero ajustan un díptico que compone un círculo perfecto en sentido y forma. El uso del galardón deja entrever un ligero sustrato del elemento cancioneril; no en vano, la literatura cancioneril y el amor cortés, condimentos ambos del libro de caballerías, cocinan con su fuego las parejas de amantes en las obras, espolvoreando poesías en el interior de las ficciones caballerescas, salpimentado todo con la representación de juegos cortesanos, motes y letras de justadores, subgénero que llegó a poseer, incluso, su propia categoría dentro del *Cancionero General* (Macpherson 2004).

Tras este somero paseo por una galería de imágenes y texto que nos ha transportado a un mundo caballeresco, queda por repasar la autoría del libro o, mejor dicho, su insalvable anonimía. El colofón de la obra que antes hemos esbozado resulta idéntico al presente en el ejemplar de la British Library, por lo que el nombre del autor y editor sigue envuelto en el más profundo desconocimiento. Ya Brunet adelantó que la portada y el prólogo de la ficción caballeresca que describe guardaban silencio respecto al autor, circunstancia que le llevó a calificar la obra con el ribete de anónima. Ahora bien, con este nuevo texto en la mano, es posible declarar con seguridad que no figura autor alguno en los paratextos; igualmente, se confirma que el escrito no está dedicado a ninguna personalidad relevante del momento, complicando aun más las posibilidades de atribuirlo a algún escritor conocido. Ni siquiera su ligazón con los talleres salmantinos de Alfonso de Porras y Lorenzo de Liondelei resulta en ningún caso determinante para la identificación de su autor.

No obstante, tras este explícito desvelamiento de la anonimía de la obra, no solo actual, sino también en el momento de su publicación, coincido con los profesores Guijarro Ceballos e Ivy Corfis al considerar que no parece probable que Fernando Bernal escribiera el *Reymundo de Grecia*, a pesar de ser autor de la primera parte de la historia: el *Floriseo*. No reluce su nombre en ninguno de los paratextos, ni hay referencias directas a él en algún otro lugar del texto; además, un análisis profundo del prólogo del *Reymundo* alardea las divergencias que lo caracterizan frente a su hermano mayor caballeresco. Este último proemio, dedicado a Pedro Fajardo Chacón, I marqués de los Vélez, a quien se dibuja como un noble preocupado por las armas y las letras, labra el busto de un caballero renacentista culto y diestro en el arte de la guerra (Bernal 2002, 1). Por el panorama ya trazado, el paratexto del *Reymundo* no evita solo cincelar una figura concreta, sino que, salvo por la retahíla de tópicos habitualmente esparcidos en los prólogos de los libros de caballerías, este proemio se sitúa prácticamente en las antípodas del *Floriseo*. Numerosos son, por otro lado, los

autores de ficciones caballerescas que intentan anclar su saga a una familia nobiliaria y conservan sus dedicatorias a miembros de una misma estirpe como es el caso de Francisco Enciso de Zárate, quien consagra las batallas de sus caballeros del *Platir* y el *Florambel de Lucea* al enaltecimiento de los marqueses de Astorga.

Ello supone irremediamente que, frente a la solución clásica que se dio desde Pascual Gayangos (1993, LXXV) hasta la bibliografía de Eisenberg y Marín Pina (2000) en el que se otorgaba la autoría del *Reymundo* a Bernal por ser autor del *Floriseo*, haya que virar de rumbo para navegar por el incierto océano de obras anónimas, por no mencionar que carece de peso crítico el argumento de la continuación, pues basta repasar el corpus de ficciones caballerescas cuyas continuaciones se han escrito por autores diferentes, como es el caso del *Florisando* de Páez de Ribera y el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díez, o *Silves de las Selvas*, compuesto por Luján, autor de corte erasmista. Asimismo, las diferentes partes de *Espejo de príncipes y caballeros* conforman un crisol de textos cuyos autores habitaron cada cual en diferentes puntos de la península; o el *Platir*, la continuación de *Palmerín de Oliva y Primaleón*, se escribió por Francisco Enciso de Zárate, autor diferente al fundador de la saga. A la luz de este mapa caballeresco, la variación y los cambios de autoría se antojan un proceso presumiblemente habitual y que, incluso, acarrea fricciones entre los diferentes escritores, como las polémicas en las que se vieron enfrascados el «pastoral» Feliciano de Silva, el ortodoxo Páez de Ribera o Juan Díez.

El complemento a este desfile caballeresco viene por los fríos datos históricos que nos han llegado de Fernando Bernal, y que lo alejan del *Reymundo*, pues según el propio Nicolás Antonio (1996, 370), es autor de una única obra, el *Floriseo*, la cual publicó en Valencia por Diego Gumiel. Su relación con la ciudad del Tormes es, previsiblemente, nula, ya que Bernal era originario de Extremadura. El culmen vendría gracias a las loables investigaciones de Guijarro Ceballos e Ivy Corfis, quienes aseveran que los temas y las resoluciones halladas en el *Reymundo* son diferentes a las aplicadas en el *Floriseo*, cuyo marcado gusto realista contrasta con el tinte mágico y las rocambolescas aventuras de la segunda parte que comparte con gran parte de los libros de caballerías (Corfis 2015, 8-9; Guijarro Ceballos 2002, 223-224; 2007, 7-10). El estilo personal del *Floriseo* lo habría engastado con el grupo de libros de caballerías valencianos, iniciado por el *Tirant*, regados por un carácter realista y austero, al que se suman el *Claribalte* o el *Arderique*, frente a las historias de Feliciano de Silva, abonadas por la magia, los entrelazamientos y los giros sorprendentes en la historia (Guijarro Ceballos 1999, 113-132). El matrimonio del *Reymundo* gusta más probable con este último ramillete de libros, macerados con tópicos más del gusto del lector habitual de libro de caballerías que se zambullía en los textos. Por tanto, el anónimo autor habría tanteado colindar la obra a soluciones prototípicas de los libros de caballerías, tal vez para intentar adquirir el éxito editorial que no alcanzó Fernando Bernal con su obra de visos realistas.

Pero la solución aplicada sobre este nuevo libro de caballerías fracasó, no resultó efectiva dado que su ansiado triunfo jamás llegó, prueba de ello son la falta de reediciones y su ausencia en los inventarios de las bibliotecas; por lo tanto, apenas vislumbró a lo lejos la fama que sí obtuvieron ficciones como las de Feliciano de Silva. A pesar de desvincularse de la línea de su hermano, *Reymundo* no aguanta la brutal competencia de los años veinte del siglo XVI, y muere ahogado en un mar de «amadisés» y «palmerines» que centraban la atención de los lectores coetáneos.

Pero son muchos los interrogantes que recaen, y que todavía hoy se mantienen a la espera de una respuesta convincente, como la extraña presencia de este libro de caballerías en la biblioteca de la capital danesa. Según la Biblioteca Real de Dinamarca, este nuevo testimonio fue uno de los libros que, tiempo ha, engordaba la colección privada del bibliófilo Otto Thott, conde danés que

vivió en el siglo XVIII y cuyo interés por los libros antiguos ocasionó que recopilara obras de toda Europa. El carácter ilustrado del noble, experto en economía, fue el motor que puso en marcha la gran biblioteca, y que conllevó que se convirtiera en el mayor bibliófilo de la época en Dinamarca y uno de los grandes coleccionistas del continente. Esta misma biblioteca fue puesta a disposición de los investigadores y estudiosos por su expreso deseo quien, incluso, tuvo en mente abrir un colegio siguiendo los modelos inglés, retales de ese carácter ilustrado y su preocupación por la educación⁹. El origen de la mayoría de los ejemplares de su nutrida biblioteca recorrieron una tempestuosa marcha antes de dormir en sus estantes, recorrido que tuvo su origen en Holanda y París, ciudades a las que el conde viajaba exclusivamente para conquistar los libros que pasaban a engrosar las librerías de su palacio en Copenhague. Su colección de textos antiguos adquirió visos poco menos que de mito, y que ha dado para rellenar un portentoso catálogo sobre su inventario que ocupa varios tomos¹⁰. Todo ello prueba el gran esplendor que alcanzaron las colecciones de Otto Thott, y de su lujoso palacio en Copenhague, que a día de hoy alberga la embajada de Francia (Dahl 2001, 206).

A pesar del incendio que devastó parte de la biblioteca en 1728, esta volvió a ser recompuesta años después por las ingentes compras de libros que realizaba su propietario. A la muerte del noble ilustrado, se calcula que su anaquel alcanzaba unos 138000 volúmenes entre manuscritos y libros de diferentes lenguas y procedencias. Ante la falta de herederos directos, todos los libros anteriores a 1530 fueron a parar a los fondos de lo que años después se convertiría en la Real Biblioteca de Dinamarca, lote en el que posiblemente habría caído el *Reymundo de Grecia* al datarse del año 1524. En total, estos ejemplares confeccionan una telaraña que supera los cuatro mil manuscritos y más de seis mil impresos de libros antiguos. El resto de sus obras fueron subastadas y adquiridas, parte de ellas también por el estado danés, y el resto por compradores anónimos (Dahl 2001, 206).

Por ello, entre los fondos de Thott de la Real Biblioteca en Copenhague, se advierten otras dos obras en español, ambas incunables. La primera de ellas es un *Regimiento de príncipes* de Egidio Colonus, impreso en Sevilla en 1494 por Meinardo Ungut y Estanislao Polono a expensas de Conrado Alemán y Melchor Gurrizo, según dice el libro; a él se suma un *Libro de los santos ángeles* de Francisco Ximénez, impreso en Burgos en 1490, en la imprenta de Fadrique de Basilea; textos que, al contrario que el *Reymundo de Grecia*, no han escapado de los sagaces rastreos de Heabler (1997, nº 156, nº 707). Ya por el crisol de temas que impregna las páginas de los tres libros en lengua española, ya por la gran cantidad de ejemplares de diferente materia, Otto Thott no muestra un especial interés en adquirir obras para saciar una inquietud intelectual, sino que prima el valor de la antigüedad de los textos. Destacan, así, dos incunables de inigualable valor y un libro que, aunque ya fuera de la etapa postincunable, todavía podía llamar la atención de un noble atraído por la colección de libros antiguos.

Otra cuestión todavía sin respuesta clara es cómo un libro de caballerías del siglo XVI tan desconocido como el *Reymundo de Grecia* acabara en poder de un bibliófilo ilustrado danés del siglo XVIII. Desgraciadamente, no se sabe exactamente cómo llegó esta ficción caballeresca a sus manos pues, por lo que se conoce de Otto Thott, no se sospecha de ningún viaje a España a lo largo de su

9. Si se quiere conocer en profundidad la vida de Otto Thott, así como su papel en la política del momento en Dinamarca, hay que consultar su ficha en el *Dansk biografisk Lexikon* (Carl Frederik Bricka 1887)

10. Desgraciadamente, no he podido consultar de forma detenida su inventario de libros realizado a finales del siglo XVIII: el *Catalogi Bibliothecae Thottianae* que alcanza los once volúmenes en total.

vida; ello nos conduce irremisiblemente a la posible parada intermedia del libro en su viaje desde España a Dinamarca. Resulta viable pensar que el texto fuera adquirido en alguna de sus masivas compras en París o en Holanda, pero con una mirada centrada en la parte superior de la portada se aprecia un ligero rayo de luz entre la niebla, ocasionada por la falta de reseñas, pues figura una inscripción hecha a mano que reza «Couchelles», nombre que podría respaldar algún librero o antiguo poseedor francés del ejemplar. Mas no son sino elucubraciones; no existe una completa seguridad sobre la aventura caballerescas que realizó este libro a lo largo de toda Europa hasta acabar enterrado en los fondos de la Biblioteca Real en Copenhague.

A modo de síntesis, un rápido vistazo a las páginas del ejemplar danés del *Reymundo de Grecia* desvela su integridad material frente a su hermano de la British Library. Su portada y su prólogo, intactos, otorgan un nuevo giro a las investigaciones sobre esta saga caballerescas que, a partir de ahora, tendrían que fijarse en los secretos que todavía guarda el *Reymundo* danés. Además, este nuevo testimonio confirma la anonimidad de la continuación del *Floriseo* y destierra definitivamente la vieja confusión de que el autor del libro sea Fernando Bernal, quien sí había escrito el *Floriseo*. No obstante, la portada del ejemplar lo hermana con el pórtico del *Reinaldos de Montalbán*, preparado en la imprenta de Alfonso de Porrás y Lorenzo de Liondelei dos años más tarde; mediante este juego de imágenes, los dos únicos libros de caballerías que ven la luz en dicha imprenta se hermanan por la portada. A la postre, el hallazgo de este nuevo ejemplar del *Reymundo*, tras dormir el sueño de los justos en la Biblioteca Real de Dinamarca, prueba que es posible que todavía hoy broten nuevas ficciones caballerescas, o que nos tropecemos con textos que reposen en los fondos de bibliotecas algo más desconocidas.

APÉNDICE

El prólogo que se transcribe a continuación se basa en el ejemplar de la Biblioteca Real de Dinamarca (signatura Closed stack 18, 272 S-30), correspondiente a la edición de 1524. Se han procurado seguir las normas ya empleadas por Ivy Corfis en su edición del *Reymundo de Grecia* (2014, 10) con el fin de aunar criterios. Por ello, cuando una palabra limite con la caja y se encuentre partida, se muestra tal fractura con un guion (hu-mana); así, la contracción o unión en el texto de dos palabras se presenta ahora separada, tal y como se leería actualmente («en la» en lugar de «enla»), salvo en el caso de la preposición «de», que se transcribe separado y con apóstrofe («d'ella» en lugar de «della»). Además, mientras que el signo tironiano se transcribe por &, las diferentes abreviaturas señaladas en el texto se han desarrollado con letra cursiva, así como los corchetes para las partes del texto reconstruidas. Por último, aunque se ha mantenido la ortografía original del texto, sí se ha acentuado y puntuado de acuerdo a criterios modernos.

Prólogo sobre la hystoria del esforzado & muy vito-rioso cavallero

Reymundo de Grecia, el qual por su grande esfuerço & valeroso coraçón fue elegido por emperador de Constantinopla

Una de las cosas de más admiración que en la natura hu-mana vemos, y en la divina & angélica de lo que alcançamos a sentir, sentimos, es la diferencia o distinción d'ella & la inyqualdad de todas las cosas que ser tienen, y todas son para más conocimiento del verdadero señor. Conocimiento, digo, de su poder, valer & bondad de virtuoso poderío, la qual diferencia o distinción no es si-no una gracia de las grandes copias de gracias *que* tienen, que a quien le plaze reparte. Pues como yo, aunque el más ínfimo, sea uno de aquellos en los cuales no por mi merecer mas por su misericordia haya hecho tener habilidad para recibir aquello que a la grandeza de su majestad en mí disponer quisiere, desseoso de los que más dessean saber común de natu-raleza de los hombres, con más fervor inquiriendo el fin de mi desseo (especialmente, en cosas nuevas & no conocidas como estas más nos suelen agradar y aplazer) en una gran copia de libros que muy antiguos se ofrecieron a mis ojos, estando en una parte de Ytalia, en letra toscana scriptos, *que* de mucha diversidad de materias tratavan no con poca autoridad, escripto el libro del esforzado & vitorioso caball[er]o Reymundo de Grecia hallé. El qual, como leyesse con atención & conociesse esta mi natu-ral tierra de España, y mucho más esta nuestra Castilla, & con más afición esta mi ciudad de Salamanca se deleytar en las tales hystorias y en actos tan virtuosos ser exercitada, determiné con no poco trabajo de en nuestra materna lengua lo traduzir. El qual, si aquel hermoso estilo & dolado razonar que en otras hystorias se halla, en esta, o discreto lector, no hallares, no a mí lo imputes, humildemente suplico, mas a aquella verdad que a los verdaderos traduzidores se ha de atribuir. Pues siendo ella, digo esta hystoria, tan antigua & agena, como yo la hallé de nuestra habla, al pro-pio razonar de aquel tiempo la saqué queriendo más ser reprehendido por corto en lo mío que por largo en lo ageno. Recibe pues, lector, el affición de mi desseo y en este mi tra-bajo, no otra cosa salvo este, te suplico que aceptes; que cierto en esta hystoria, aunque co-mo ya arriba dixé muy antigua, no hallarás menos fruto de sus grandezas en ba-tallas, de sus proezas en caballería, de sus actos virtuosos en obrar, de sus dis-cretas razones en el decir, de virtuosos casos defortunados fines *que* en otra qualquier hystoria más aplazible hallar podrías. Y en ella, todos aquellos frutos *que* más dulces te suelen ser

en otras, podrás en esta hystoria gustar. E si algo *que* corregir o emendar hallares, como ninguno p[er]feto sino Dios se halle ni sea, *aquel* desseo & querer *que* a todos a querer para sí mueve bien y no ser detratado, te suplico mueva a que lo emiendes, corrijas & castigues sin detratación de *aquel* esperando galardón, *que* esta, por todas leyes, nos dio de ley: querer cada una *para* el primo lo *que* pa[ra] sí *quiere*. Vale.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTONIO, Nicolás (1996), *Bibliotheca hispana nova*, Madrid, Visor.
- BASURTO, Fernando (2007), *Florindo*, edición de Alberto del Río, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- BERNAL, Fernando (2003), *Floriseo*, edición de Javier Guijarro Ceballos, Alcalá de Henares, Centro Estudios Cervantinos.
- BRITISH LIBRARY (1989), *Catalogue of books printed in Spain and of spanish books printed elsewhere in Europe before 1601 now in the British Library*, edition by Dennis Rhodes, London, The British Library.
- BRUNET, J. (1990), *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*, Genève, Slatkine.
- CARL FREDERIK BRICKA, S. T.-T. (1887), «Otto Thott», en *Dansk biografisk Lexikon*, vol. XVII, 336-342.
- CÁTEDRA, Pedro M. (2001), «Fiesta caballescica: ideología y literatura en tiempos de Carlos V», en *Carlos V europeísmo y universalidad*, coordinado por Francisco Sánchez-Montes González, Juan Luis Castellano, vol. 1, 81-104.
- (2007), *El sueño caballescico: de la caballescica de papel al sueño real de D. Quijote*, Madrid, Abada Editores.
- Comiença la coronica del valiente y esforçado pr̃cipe flor̃ado d[e] Inglatierra hijo d[e]l noble y esforçado pr̃cipe Paladiano eñ q se cuentã las grãdes y marauillosas aũenturas ã q dio fin por amores dla hermosa pr̃icesa Rosalinda hija del emp[er]ador de Roma (1545)*, fue impressa en Lisbona, por German Gallarde
- CORFIS, Ivy A. (2015), «Reymundo de Grecia», en *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de literatura de cavalleries*, 17, 5-200.
- CURTIUS, E. R., Frenk (2004), *Literatura europea y Edad Media latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- DAHL, S. (2001), *Historia del libro*, Madrid, Alianza.
- DI CAMILLO, Ottavio (1976), *El humanismo castellano del siglo XV*, Valencia, Fernando Torres.
- DIEZ GARRETAS, María Jesús (1999), «Fiestas y juegos cortesanos en el reinado de los Reyes Católicos. Divisas, motes y momos», en *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 74, 163-174.
- EISENBERG, Daniel & MARÍN PINA, M^a Carmen (2000), *Bibliografía de los libros de caballescicas castellanas*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- ENCISO DE ZÁRATE, Francisco (2009), «*Florambel de Lucea*» (*Primera Parte, libros I-III*), edición de María del Rosario Aguilar Perdomo, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- ENCISO DE ZÁRATE, Francisco (1549, 1548), *La quarta [-quinta] parte de la chronica del inuencible y magnanimo caullero don Florambel de Lucea hijo del esforçado rey Florineo de Escocia*, impresso en Seuilla, por Andres de Burgos.
- GAYANGOS, Pascual de (1993), *Catálogo razonado de los libros de caballescicas: que hay en lengua castellana o portuguesa, hasta el 1800: con un discurso preliminar*, Valencia, Librerías París-Valencia.
- GÓMEZ-MONTERO, Javier (1992), *Literatura caballescica en España e Italia (1483-1542): el «Espejo de cavalleries»: (deconstrucción textual y creación literaria)*, Tübingen, Niemeyer.
- GÓMEZ MORENO, Ángel (1994), *España y la Italia de los humanistas: primeros ecos*, Madrid, Gredos.
- GUIJARRO CEBALLOS, Javier (1999), *El «Floriseo» de Fernando Bernal*, Mérida, Editora Regional de Extremadura.
- GUIJARRO CEBALLOS, Javier (2002), «El *Floriseo* de Fernando Bernal [1516] y su continuación, el *Reimundo de Grecia* [1524]», en *Edad de oro*, 21, 205-224.
- GUIJARRO CEBALLOS, Javier (2007), *Reimundo de Grecia: Salamanca, Alfonso de Porras y Lorenzo Liondelei, 1524: guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- HAEBLER, K. (1997), *Bibliografía ibérica del siglo XV: enumeración de todos los libros impressos en España y Portugal hasta el año 1500* (Reimp. facs), Madrid, Ollero y Ramos.

- HARO CORTÉS, Marta (2014), «Motivos iconográficos y su difusión en la imprenta valenciana: las portadas de los libros de caballerías», en *Texto, edición y público lector en los albores de la imprenta*, edición de Marta Haro Cortés y José Luis Canet, València, Universitat de València, 83-108.
- Libro del noble y esforçado et inuencible cauallero Renaldos de montaluan: et delas [sic] grandes proezas y estraños hechos en armas quel y Roldan et todos los doze pares paladines hizieron* (1526), Impresso en Salamanca.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2000), *Imprenta y libros de caballerías*, Madrid, Ollero & Ramos.
- (2004), «Cabellero jinete en portada (hacia una tipología iconográfica del género editorial caballeresco)» en *Letteratura cavalleresca tra Italia e Spagna (da «Orlando» al «Quijote»)*. *Literatura cavalleresca entre España e Italia (del «Orlando» al «Quijote»)*, dirigido por Javier Gómez-Montero y Bernhard König, Salamanca, Kiel, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, CERES de la Universidad de Kiel, 67-107.
- , SALES DASÍ, Emilio José (2008), *Libros de caballerías castellanos: (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Ediciones del Laberinto.
- MACPHERSON, I. R. (2004), *Motes y glosas in the «Cancionero general»*, London, Department of Hispanic Studies, Queen Mary and Westfield College.
- MARÍN PINA, M^a Carmen (2011), «El libro encontrado y el tópico de la falsa traducción», en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, CSIC, Institución Fernando el Católico, 69-84.
- MARÍN PINA, M^a Carmen (2011), «“Cimientos de verdad” en los primeros libros de caballerías», en *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, CSIC, Institución Fernando el Católico, 85-99.
- MARTÍN ABAD, Julián (2003), *Los primeros tiempos de la imprenta en España: (c.1471-1520)*, Madrid, Laberinto.
- NIETO SORIA, José Manuel (1995), *Propaganda política y poder real en la Castilla trastámara: una perspectiva de análisis*, Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- ORTEGA, Melchor de, *Felixmarte de Hircania* (1998), edición de M^a Rosario Aguilar Perdomo, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- PÁEZ DE RIBERA (1997), *Florisando: Libro VI de Amadís*.
- Platir: Valladolid, Nicolás Tierri, 1533* (1997), edición de M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- «*Polindo*» (*Toledo, 1526*) (2003), edición de Manuel Calderón Calderón, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- PORQUERAS MAYO, Alberto (1957), *El prólogo como género literario: su estudio en el Siglo de Oro español*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Reymundo de Grecia, Libro del famoso y muy esforçado cavallero Reymundo de Grecia ...* (1524), [Salamanca], Alfonso de Porra y Lorenzo Liondelei.
- RHODES, Dennis E. (1958), «The Continuity of Typographical Material in a group of Early Salamanca», en *The Library Chronicle*, xxiv, 13-17.
- RICO, Francisco (2002), *El sueño del humanismo: de Erasmo a Petrarca*, Madrid, Destino.
- RÍO NOGUERAS, Alberto del (2010), «Los libros de caballerías y la (r) evolución militar moderna (II): arsenales y logística en el *Don Florindo* de Fernando Basurto. Con un apéndice sobre una compañía de mugeres enamoradas, algunos escarmientos de juegos y un broche sobre riebtos y batallas», en *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 16, 57-76.
- RIQUER, Martín de (2008), *Caballeros andantes españoles*, Madrid, Gredos.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci (2003), *Sergas de Esplandián*, edición de Carlos Sainz de la Maza, Madrid, Castalia.
- RUIZ FIDALGO, L. (1994), *La imprenta en Salamanca (1501-1600)*, Madrid, Arco Libros.
- RUSSELL, Peter (1985), *Traducciones y traductores en la Península Ibérica*, Bellaterra, Barcelona, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona.

- SALES DASÍ, Emilio José (2004), *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- SARMATI, Elisabetta (2004), «Le fatiche dell'umanista: Il manoscritto ritrovato nei libri di cavalleria e nel Don Quijote. Qualche riflessione ancora sul motivo della falsa traduzione», en *Letteratura cavalleresca tra Italia e Spagna (da Orlando al Quijote)*, en *Literatura caballeresca entre España e Italia (del «Orlando» al «Quijote»)*, dirigido por Javier Gómez-Montero; Bernhard König, editado por Folke Gernert, Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas; Kiel, CERES de la Universidad de Kiel, 373-392.
- TABARES, I. R. (2002), «*Don Silves de la Selva* [1546] de Pedro Luján y la lectura humanística», en *Edad de oro*, 21, 177-204.